

TEATRAccia

*Alaben, vituperen, lloren o rían,
instruir deleitando es obra mía¹.*

Había hecho teatro hace muchísimos años. En el colegio. Fueron dos obritas que escribimos, tres estudiantes, en francés y que representamos frente a nuestros compañeros. No podemos hablar de éxito, pero sí que fue divertido para todos, además nadie nos tiró nada.

Vengo de familia de actores aficionados, mis abuelos maternos se dedicaban en su tiempo libre a representar obras de teatro y de zarzuela. Mi abuelo cantaba muy bien. Yo lo he intentado en un par de obras y los resultados fueron hilarantes, aunque conseguí mi propósito. Hacer reír a los demás.

Desde aquellos tiempos del colegio no volví a representar más obras salvo mi propia vida de profesor, que tiene mucho de actor, hasta hace unos pocos años. No recuerdo bien, creo que son seis los años que hace que se creó el grupo de teatro de la Facultad de Ciencias. Muchas y muy variadas han sido las vivencias de este periodo, y ya que me han pedido que escriba un artículo para nuestra revista, me siento en la obligación de presentar una serie de pensamientos y experiencias desordenadas (hice mi tesis en teoría del caos) sobre mi relación con mis colegas del grupo en cuestión.

Debo empezar agradeciendo a todos mis compañeros, actuales y pasados, por permitirme compartir con ellos horas, días y meses muy intensos; de camaradería, fatigas, compañerismo y de esa sensación que se tiene una vez has terminado una obra y la gente, muy amablemente, agradece con un aplauso el trabajo realizado. Aplauso generalizado a pesar de que, en retrospectiva, tu actuación no pasase de aceptable, cuando más. Esas sensaciones y sentimientos han llenado horas y horas de conversaciones pre- y post- ensayo.

He fraguado amistades y relaciones que me es complicado describir. Pero, sobre todo, complicidades que

con gran dificultad podría encontrar en la vida cotidiana. Me siento muy feliz por ello, y también espero que ese sentimiento sea mutuo, en mis compañeros, respecto de mí. ¡No faltaría más!

¿Qué se siente cuando uno pertenece a un grupo de teatro?. Inicialmente, todos tendemos a pensar que una representación es la suma de los papeles de cada uno, algo así como los compartimentos estancos de un barco. ¡Me aprendo mi papel y lo recito al público! ¿Qué más se me puede pedir? Se hace un ejercicio de memoria, un esfuerzo y ¡ya está!

Pero esto no es así, y como profesor de la facultad de Ciencias, no puedo, por menos, que dar mi clase en este artículo. Existe lo que se llama la sinergia, que define nuestra Real Academia en su diccionario como “Acción de dos o más causas cuyo efecto es superior a la suma de los efectos individuales.” Es decir, algo que aparece cuando la suma cooperativa de las partes es mayor que la suma de las partes aisladas. ¿Y esto qué quiere decir? Simplemente que es un trabajo en equipo y que hay que estar tan pendiente de representar tu papel como presto y dispuesto a ayudar a tu compañero de escena o desde bastidores para resolver los infinitos problemas y situaciones que surgen y que no se pueden controlar por mucho que ensayes. Si esta sinergia no ocurriese y si cada uno se dedicara a dar la réplica al compañero oponente en el escenario, las obras parecerían simples lecturas de textos, con el énfasis y matices correspondientes, pero nada más. No sería teatro. Si se consiguen las sinergias



Figura 1. Momento de representación de la obra *Parejas*.

¹ Frase que aparecía en los bajos de los telones españoles formando un pareado que proviene de la traducción libre del texto latino “*Riendo et cadendo corrige mores*”.

en la preparación y representación de las obras, el resultado será mejor del esperado *a priori*.

Sin embargo, el comportamiento cooperativo nos crea dolor cuando alguna persona abandona el grupo por una causa u otra: por los niños, por los horarios escolares, por motivos de salud, etc. Por cada pérdida se abre una herida en el grupo que tarda en cicatrizar. ¿Te acuerdas de aquel día que fulanito (que abandonó el grupo por algún motivo, sea cual sea éste) olvidó el papel por completo? Se recuerdan estas situaciones todos los días. También nos ayuda a facilitar las cosas a los nuevos integrante del grupo. Se comparten nuevas vivencias, se enriquecen las relaciones, se crean nuevos vínculos, y la asimilación por el grupo de los nuevos y las pérdidas de los viejos se hace más llevadera.

No debería ser yo la persona indicada para hablar sobre lo bueno o malo de una representación, pero sí que me gustaría poner de manifiesto que lo hemos pasado muy bien durante cada actuación. Al final de cada una de ellas, hemos sentido el equivalente a quitarte una pesadísima losa de encima cuando piensas que, a pesar de todos los fallos, errores cometidos por cada uno de los integrantes del elenco, escuchas los aplausos del público, aunque bien es verdad que casi todos son familia, amigos y compañeros (estas dos palabras no son excluyentes) que apoyan, día a día, esa locura de subirte al escenario con más de *taitantos* años.

Decía que si nos lo pasamos muy bien durante la representación, puedo asegurar que mejores han sido los ensayos donde nos hemos divertido y compartido momentos increíbles de sonrisas, risas, y carcajadas. Me hubiera gustado que Uds. lectores pudieran haber observado las tomas falsas de cada obra en los ensayos. Situaciones de las que nos hemos reído días, meses y años después. Incluso alguna toma falsa dentro de los estrenos. Podría citar centenares de anécdotas, pero me voy a remitir a unas pocas para poner de manifiesto la terapia de grupo gratuita que nos hemos agenciado durante todos estos años. Voy a limitarme a tres anécdotas ya que podría escribir un libro. Hay muchas más, pero no es el momento y espero que si otros compañeros se animan a escribir sobre nuestro grupo, incluyan las suyas; por lo que pido perdón a aquellas personas que no son directamente aludidas en este artículo, ya que tendrán su momento de desquite si se deciden a escribir.

Primer estreno del grupo. Puesta de largo con El Florido Pensil. En una de las escenas finales, el inspector del glorioso Ministerio de Educación pasea por el aula pre-



Figura 2. Entrega de obsequio a José Luis Alonso de Santos, autor de la obra *Parejas*.

guntando a diestro y siniestro a los estudiantes datos significativos de la historia y geografía de España, por ejemplo, los puntos cardinales, los límites geográficos o sobre Cristóbal Colón. En un momento dado pregunta a uno de los alumnos (ahora se llaman estudiantes) por el color de la bandera de Falange. El estudiante se da cuenta de que el inspector se ha saltado más de una página del texto. No una línea o dos, ¡no! Digamos que página y media. Dentro de su estupor, el alumno remolonea intentando que su inspector rectifique y haga la pregunta que corresponde. Craso error. El inspector repite la pregunta con mayor intensidad, si cabe, chillando al alumno, y repitiendo la pregunta aún más lentamente. El alumno insiste, mira al inspector y le pregunta si la pregunta se refiere al color de la bandera de Falange. El inspector, dentro de su despiste completo, no entiende las razones por las que el alumno no sigue el texto y responde. Rojo de ira (en la actuación claro), repite de forma amenazante la pregunta y el alumno responde de forma acertada al inspector, continuando con la acción. El intérprete del inspector se da cuenta al acabar la obra de que se saltó más de una página y que el estudiante salvo la escena con habilidad de profesional y con su saber hacer. Aplausos al final. Sólo el director y el resto de los actores se dieron cuenta del fallo. A partir de ese momento, se le recuerda al inspector, antes de cada representación, de esa obra o de otra, la anécdota y se le pregunta “¿qué página te vas a saltar hoy?”.

En la representación de la obra llamada *Parejas*, dos actrices que representan los papeles de psicóloga y paciente se encuentran en la consulta de la primera. Tras una animada conversación sobre el complejo de Edipo, la psicóloga, que coincide con el alumno del párrafo anterior, olvida su papel, y comienza a darle vueltas a lo



Figura 3. Saludo final de los actores al público asistente tras la representación de Parejas.

que tiene que decir pero sin recordarlo, por lo que habla y habla y su paciente responde y responde, tratando de que la psicóloga recupere el hilo de la obra. La psicóloga no lo recupera y entran en una especie de bucle pero no dejan de hacerse preguntas y de recibir respuestas que tratan de recuperar el control hasta que la paciente le dice directamente a la psicóloga,

- ¡Ah, yo no sé! -- ¡Ud. es la psicóloga!

La psicóloga, con esta frase recupera el papel y continúa la obra. Quedó mucho mejor, todo hay que decirlo, esta improvisación de psicóloga y paciente que el texto de la obra, sin desmerecer en absoluto al autor. Desde bambalinas todos nos mordíamos las uñas esperando que salieran del atolladero. Hay que destacar que casi nunca hay apuntador, con lo que se hace la representación a pelo, y eso entraña bastantes más dolores de cabeza de lo normal. Aplausos al final, tanto del público como de los compañeros en cajas.

De nuevo Parejas, pero esta vez en el Ateneo de Madrid. Una de las actrices está supuestamente desnuda (no así en la realidad, menos mal) en la cama después de un rato de placer con un conductor de metro extravagante y raro. Se quiere levantar de la cama para vestirse, y a las dos personas encargadas de dejar la ropa que debe ponerse dentro de la cama y continuar vistiéndose fuera, se les olvida ponerla. La actriz busca desesperadamente

la ropa. Le toca levantarse de la cama y no puede. Eso del desnudo o similar lo llevamos todavía muy mal entre aficionados. Levanta la voz preguntando por su ropa. Eso sí está en el papel, pero sólo una vez. Pregunta: “¿Dónde están mis bragas?” Las dos personas encargadas saben que tiene que decir eso una vez, y no hacen caso. Repite, “¿dónde están mis bragas?” Y entre bastidores las dos personas se miran con pavor, y se pregunta una a la otra que si han puesto la ropa fuera. De nuevo se oye, “¿dónde están mis bragas?” Horror, no le han sacado la ropa en el cambio de escena a escena, no hay ropa que ponerse en el escenario, y el maquinista del metro se da cuenta del problema. ¿Qué se puede hacer? Ellos continúan con los papeles, improvisan para no cometer errores sobre lo que debería pasar fuera de la cama y ahora no es así. Con mucho cuidado, por debajo de unas cortinas que hacen de pared, se introduce la ropa de la pobre mujer que sigue en la cama. Ella la ve, la toma y empieza a arreglarse. Se salva la escena, pero minutos más tarde hay intentos de agresión por parte de la actriz a los dos tramoyistas. Hay que decir que el marido de la artista estaba delante y conocía la obra. Nos preguntó si lo que queríamos era ver a su mujer sin ropa o con muy poca. Aplausos al final. Nunca más ha vuelto a ocurrir, por la cuenta que les trae a los dos encargados de colocar el material necesario en cada escena, que, como no, son actores también.

Podría seguir contando miles de anécdotas de caídas de lanzas, y de botellas en bambalinas, tazas volando hacia el público, señoras que increpaban por tirar las actrices papeles al suelo, e incluso más. Pero no podría explicar, en ningún caso, lo bien que lo hemos pasado, lo bien que lo pasamos, y que espero que lo pasaremos.

Tengo que reconocer que es un placer trabajar a las órdenes (bueno, sugerencias) de Fernando, el director y con mis compañeros. Besos y abrazos para todos. He aprendido muchísimo de ellos y me he ahorrado miles de euros en psicoterapia.

Carlos Antoranz Callejo

Dpto. de Física Matemática y de Fluidos